

El Patriarcado de Moscú, camino de convertirse en Iglesia del Estado

La Iglesia ortodoxa rusa es, desde hace un cierto tiempo, el blanco de una peligrosa corriente fundamentalista, cuyos componentes son el odio al protestantismo y al catolicismo. El presente artículo explica las razones de esta situación y permite comprender con mayor precisión los riesgos de este conflicto. En opinión de diversas personalidades religiosas, que viven en Rusia, este artículo refleja con exactitud la situación.

Robert Hotz SJ*

EN el seno de la Iglesia ortodoxa rusa se manifiesta, de forma cada vez más precisa, una tendencia nacionalista y patriótica, que rechaza cada vez con más fuerza toda aproximación ecuménica. El patriarcado de Moscú va afirmando de forma creciente, incluso en el

* Doctor h.c. Especialista en asuntos del Este. Profesor en la Universidad de Saint Gall. Colaborador de la revista *Choisir* (Ginebra) de los jesuitas suizos.

seno de la propia ortodoxia, sus pretensiones de grandeza y superioridad, aun cuando en el interior del país no falten las contradicciones. Hoy como ayer, los responsables de la iglesia de Moscú proclaman su buena voluntad ecuménica. Sin embargo, en el interior del propio Patriarcado se ha ido formando un frente nacionalista y antiecuménico, cada vez más influyente.

El Patriarca de Moscú muestra buen cuidado de poner en guardia a su clero contra las actividades políticas, aunque esto no impide que la Iglesia se haga visible aun en las menores manifestaciones en que se hace presente el Estado. El celo con el que el *Diario* del Patriarcado de Moscú fotografía al Patriarca Alexis II en sus visitas a las tropas de aviación, a la policía de fronteras o a los marinos es significativo. Se le ve tanto en la bendición de un avión de caza como de un crucero atómico (1). La Iglesia ortodoxa se muestra conscientemente cada vez más patriótica y nacionalista.

Este acercamiento entre la Iglesia y el Estado no es fruto de la casualidad. Desde siempre la Iglesia ortodoxa se ha considerado como la religión nacional de las Rusias o mejor como la Iglesia territorial, refugio de la verdadera fe. De ahí su actitud intolerante frente a las religiones heterodoxas, convencida como está de que un ruso debe ser ortodoxo. Muchos miembros de la jerarquía llegan incluso a afirmar que Rusia es el territorio canónico del Patriarcado de Moscú. Toda religión no cristiana y toda Iglesia cristiana heterodoxa, que realizan una actividad pastoral en territorio ruso, desde un punto de vista religioso se encuentran en tierra extranjera. Y hasta se les reprocha que son proselitistas puesto que desvían a los creyentes ortodoxos. Sin embargo, la propia Iglesia ortodoxa, sin la menor inquietud, está activamente presente en las regiones tradicionalmente heterodoxas de Oriente. Según ella, se trata en ese caso de una misión entre infieles, mientras que las actividades misioneras de los heterodoxos en Rusia son un grave intento de desorientación de los cristianos ortodoxos. Los ortodoxos conservadores niegan toda validez a los ritos religiosos de los no ortodoxos, incluido el propio bautismo.

En esta perspectiva, incluso los cristianos que no pertenecen a la Iglesia ortodoxa son considerados, sin excepción alguna, como paganos no bautizados. No tienen por tanto nada que hacer en las ceremonias religiosas de las iglesias ortodoxas.

Por este motivo en el verano de 1977 se negó a una delegación de alto rango de la Iglesia evangélica luterana de Alemania y a su obispo el derecho a participar en una liturgia ortodoxa cuando precisamente esta misma Iglesia alemana había aportado un apoyo eficaz al Patriarcado de Moscú en

(1) ZMP, 1997/09/2; 28-31.

la época de las persecuciones y también después. La explicación que se dio fue la siguiente: «No habéis recibido el Bautismo» (2).

Toda actividad que provenga de las Iglesias heterodoxas es considerada por la Iglesia ortodoxa rusa como sospechosa. El hecho de que la Iglesia católica haya erigido diócesis para cuidar a sus propios fieles resulta insoportable a los ojos de la jerarquía ortodoxa, aun cuando las Iglesias ortodoxas hayan hecho lo mismo en el Oeste, beneficiándose del apoyo de los católicos y los protestantes. Desde que el Patriarcado de Moscú ha registrado pérdidas, debidas al renacimiento de la Iglesia bizantina de Ucrania unida a Roma, se considera todo lo católico como particularmente peligroso. Para el Patriarcado de Moscú las actividades de numerosas confesiones religiosas aparecidas en la Unión soviética después de la caída del comunismo han de ser tenidas como una amenaza real.

Un «boom» religioso equívoco

EL vacío espiritual provocado por la caída del comunismo ha hecho afluir hacia el Patriarcado de Moscú una corriente imprevista de personas que solicitaban el bautismo. Esto suscitó no pocas ilusiones. Pero después se ha ido poniendo de manifiesto que estos bautismos no brotaban de motivos verdaderamente religiosos. Simplemente expresaban el rechazo al comunismo y la fidelidad a Rusia. Con espíritu crítico, un excelente conocedor de la situación en Rusia ha podido constatar que eran muchos los que cambiaron su ideología marxista-leninista por una religión, sin tener en realidad muy clara la diferencia que hay entre ideología y religion (3).

Gracias a este flujo de neo-ortodoxos, que en las estadísticas de afiliación religiosa representa un triunfo muy positivo, el Patriarcado de Moscú ha ganado conciencia de su propia importancia política. Esto se advierte en el interior, sobre todo en la construcción de nuevas iglesias cuya finalidad es la de manifestar una presencia; hacia fuera se concreta en una actitud completamente nueva en el conjunto de la ortodoxia y frente a las iglesias heterodoxas e incluso en el Consejo Ecuménico de las Iglesias. Al tomar nota del aumento del número de fieles, los políticos descubren en la Iglesia a una aliada y se dedican a cortejarla. Evidentemente el Patriarcado de Moscú va apre-

(2) Stricker, G.: *Das Moskauer Patriarchat im Zeichen des neuen Nationalismus in Ost-Europa*. DVA. Stuttgart 1998, págs. 278 s.

(3) Roth, P.: «Russland, Religion und Politik» en *Ost-West-Informationdienst*, Zdk, Bonn, 1998, (191) 63.

ciando que todos los actores de la vida política, desde Boris Yeltsin a Jirinowski le hacen la corte. Antiguos comunistas, monárquicos, nacionalistas de toda clase se arriman con gusto a los eclesiásticos. A nadie se le escapa que tanto los nacionalistas, campo en el que extrañamente coquetean la extrema derecha y la extrema izquierda, como los monárquicos constituyen un atractivo particular para los eclesiásticos rusos. Sin embargo, el entusiasmo suscitado por esta nueva religiosidad ha dado paso después a una inmensa desilusión. El gran bloque religioso se ha desinflado tan rápidamente como había nacido. Ha llegado el momento de examinar el cristianismo de los nuevos convertidos que, muy a menudo, han recibido el bautismo con unos conocimientos religiosos claramente insuficientes. El Dr. Ilarion Alfeev, colaborador en el servicio de Asuntos Exteriores del Patriarcado de Moscú, analizaba esta situación de la siguiente manera: Durante más de 70 años hemos conocido un régimen ateo. La religión oficialmente no estaba prohibida, pero era sistemáticamente perseguida. Los cristianos vivían en un gueto. En 1988, con ocasión de la celebración del milenario del bautismo de Rusia, se produjo un despertar religioso. El proceso no es sencillo. La Iglesia no estaba preparada para ello. Por esto, al comienzo de los años noventa, fueron muchos los rusos que acudieron a bautizarse. Pero abandonaron muy pronto la Iglesia porque no habían sido iniciados en la fe. Hoy la situación es distinta: la Iglesia es generalmente respetada. La mayor parte se confiesan creyentes, pero sólo un pequeño porcentaje frecuenta la iglesia (4).

Las secuelas del régimen comunista

ESTAS consideraciones sorprenden por su franqueza. Su verdadero relieve lo alcanzan proyectadas sobre el telón de fondo de las estadísticas. Es verdad que el 50 ó el 60 de los rusos de raza se declaran ortodoxos. En proporción el número de cristianos ortodoxos realmente practicantes es sumamente pequeño, como lo muestra la asistencia a la vigilia pascual de 1998. Quiere esto decir que los practicantes posiblemente no representan sino un 5% de los que se consideran ortodoxos. De acuerdo con los sondeos, no llegan al 10% de la población global de Rusia (5). El número de los que viven significativamente su fe, contrariamente a lo que se piensa en Occidente, no ha aumentado en relación a la época soviética.

(4) Alfeev, H.: «Uns fehlt das II Vatikanische Konzil», en *Schweiz. Kirchenzeitung*, Bern 1998 (03/01/17).

(5) «Esiste una lingua della preghiera?» en *La Nuova Europa*, Milano 1998, con ocasión del concilio regional de Zagorsk.

Las causas son evidentes. Durante 70 años de reinado, el poder comunista ha causado a la Iglesia ortodoxa de la URSS un desgaste incommensurable. Cuando en 1988 Mikhail Gorbachev dio un fuerte golpe de timón a la política religiosa en la Unión Soviética, el Patriarcado de Moscú era una ruina. En las 67 diócesis no había sino 6.893 parroquias con 74 obispos, 6.674 sacerdotes, 723 diáconos y 21 monasterios con 1190 monjes y monjas (6).

Hay que señalar sin embargo que la mayoría de estas comunidades y monasterios abiertos estaban en el exterior de la URSS y más en concreto en Ucrania occidental. El patriarcado de Moscú ha perdido la mayor parte de estas comunidades, bien sea por el renacimiento de las iglesias unidas a Roma o por algunas escisiones.

Después del hundimiento del comunismo numerosos edificios religiosos y monasterios han sido devueltos al Patriarcado de Moscú. Pero los edificios deben ser reparados y no hay fondos para ello. Al mismo tiempo Moscú gasta sumas considerables para reparar catedrales de prestigio. Para el Patriarcado de Moscú la reconstrucción de estas ruinas representa inevitablemente una carga financiera. En busca de bienhechores o de nuevas fuentes de recursos, ha firmado en ocasiones alianzas dudosas. Informadores serios apuntan a «especiales» negocios de tabaco o a conexiones con el cartel petrolero (7). Estas relaciones, que alcanzan hasta los rangos de miembros de gobierno, constituyen un peligro. La Iglesia tiene que cultivar a esos bienhechores garantizándoles un apoyo político o moral. En el pasado, estas alianzas no han tenido consecuencias exclusivamente positivas. La Iglesia ortodoxa rusa debería aprender del pasado. No basta con restaurar edificios en ruinas; hay que restaurar en su interior a las comunidades destrozadas, es decir, realizar una auténtica tarea de conversión.

Insuficiente formación de los sacerdotes

GRACIAS a los creyentes que realizan un verdadero trabajo de dedicación personal, la reconstrucción de un gran número de iglesias prosigue a un ritmo rápido. Pero estos avances de por sí no son suficientes ya que toda parroquia que se ha beneficiado de la reconstrucción tiene necesidad de un sacerdote. Y los sacerdotes no brotan espon-

(6) Estas cifras han sido avanzadas por el Metropolitano Juvenalij el 7 de junio de 1988, con ocasión del concilio regional de Zagorsk.

(7) Cfr. Pilawski, K.: «Zrzadem i opozycja» en *Trybuna*, Warszawa, 1998. 02/25/10.

táneamente de la tierra. Según el Patriarca Alexis II (Ridiger) a finales de 1997 la iglesia ortodoxa rusa en las 124 diócesis contaba con unas 18.000 comunidades, lo cual, si se prescinde de las pérdidas de Ucrania, representa un aumento de 11.000 comunidades en nueve años. En ese mismo espacio de tiempo el número de monasterios pasaba de 24 a 438. Pero el número de sacerdotes no ha seguido ese mismo ritmo. Contaba con 15.347, aun cuando se hayan fundado 23 seminarios y 21 institutos de formación espiritual.

Frente a esta penuria de sacerdotes, el Patriarcado se ha visto forzado a destinar a sacerdotes insuficientemente formados. No es de extrañar que la mayoría de seminaristas hagan sus estudios por correspondencia. Queda clara la calidad de esta formación. No pocos de estos sacerdotes intentan compensar las lagunas de su formación intelectual con un complemento de piedad, lo cual tiene sus peligros. Es difícil poder dialogar con esta clase de personas. Un buen número de estos sacerdotes, insuficientemente formados, no están a la altura de las exigencias pastorales modernas y se encuentran mal equipados para realizar una acción misionera, tan indispensable en un país en el que apenas un tercio de la población se confiesa cristiano (8).

La era comunista ha creado un vacío intelectual y el contenido de la formación de los sacerdotes pone de manifiesto serias lagunas. Con ocasión de una *Consulta a los institutos de formación en teología ortodoxa*, en Belgrado, el Dr. Ilarion Alfeev, monje ruso ortodoxo, reconocía que en todos los dominios de la teología se hace sentir la necesidad de recuperación, puesto que el nivel científico de los institutos de formación teológica en Rusia corresponde a los niveles de finales del s.XIX y comienzos del XX y en algunos casos aun se queda por debajo de estos. Su resumen era el siguiente: «Me parece imprescindible una reforma radical de la escuela ortodoxa rusa» (9).

Con toda razón Ilarion ha criticado la ignorancia de las restantes religiones y confesiones. Desde su punto de vista, la difamación que sufren las restantes religiones es una herencia de la formación de los sacerdotes de antes de la revolución. No tiene empacho en citar a N.G. Pomjalovskij, un cronista del XIX: «*Todo fanático que frecuenta los seminarios se asemeja a los demás fanáticos: es un ignorante*». Ilarion Alfeev propugna una educación en un espíritu de tolerancia y de apertura hacia las otras religiones. «*Sólo después de reconocer los aspectos positivos de las demás iglesias un sacerdote ortodoxo tendrá los conocimientos necesarios para entablar un diálogo con ellas. Si únicamente conoce los pun-*

(8) Balasov, N.: «Esiste una lingua della preghiera?» en *La nuova Europa*, Milano, 1998, p. 69 (*L'aldique e l'aldula*).

(9) Alfeev, Ilarion: «Probleme und Aufgaben geistlicher Schulen in der russischen Orthodoxie», en *Stimme der Orthodoxie*, Berlin 1998/01/40.

tos flacos, corre el serio de peligro de mostrarse mal preparado y mal informado» (10). Como es ésta precisamente la educación que brilla por su ausencia en muchos sitios, en los que predomina el desconocimiento y la ignorancia, actualmente en Rusia el ecumenismo no tiene muchas oportunidades (11). Por otra parte la Iglesia ortodoxa rusa se encuentra en tensión entre sus diversas tendencias y lucha por su identidad y su estabilidad. En consecuencia el Patriarcado de Moscú busca por todos los medios protegerse de las influencias extranjeras, lo cual impide todo tipo de apertura. Desde el momento en que la tendencia predominante de la Iglesia rusa se orienta exactamente en sentido contrario, personalidades como Ilarion Alfeev son voces que claman en el desierto.

Resistencia frente al ecumenismo y al Consejo Mundial de las Iglesias

PARA bastantes ecumenistas el despertar fue amargo. Han tenido que reconocer que, al recobrar la independencia política, el ala anti-ecuménica se hacía cada vez más fuerte en el Patriarcado de Moscú. Durante la persecución comunista, las grandes confesiones cristianas ayudaron generosamente a la Iglesia ortodoxa rusa y crearon así un clima de mutua comprensión. Pero todo esto se desarrollaba en un nivel que no afectaba directamente ni al clero ni a la gran masa de creyentes. Además, mientras estaban bajo la férula comunista, a muchas iglesias ortodoxas parecía preocuparles más la cuestión económica de su colaboración con el Consejo Ecuménico de las iglesias que el aspecto ecuménico propiamente dicho. Esto se constata hoy cada día más claramente. Para algunos ortodoxos antiecumenistas extremos la palabra «ecumenismo» se ha convertido en un insulto porque creen descubrir en ella una conjuración que proviene del Oeste y tiende a vaciar de su contenido a la verdadera fe.

La dirección de la Iglesia ortodoxa rusa no es la única que está peligrosamente sometida a una presión que, al parecer, proviene de algunos monas-

(10) Alfeev, Ilarion. *ib.* p. 46.

(11) En mayo de 1998 un obispo del Patriarcado de Moscú declaraba en Baviera ante las cámaras de TV que los católicos rechazaban el dogma de la Santísima Trinidad lo cual venía a ponerlos entre los herejes. En apoyo de su tesis, citaba el hecho de que los católicos no conocen el signo de la cruz trazado con tres dedos. Desconocía por completo el hecho de que los católicos hacen el signo de la cruz en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo cual es una confesión de fe explícita en la Santísima Trinidad.

terios del monte Athos. Las iglesias de Georgia y de Serbia sufren también estos asaltos antiecuménicos. Si oponen resistencia, se exponen a nuevas rupturas; si ceden, como fue el caso de Georgia en 1997, hay que temer nuevos desgarramientos en el seno de la ortodoxia, ya que los patriarcados orientales, que se ven expuestos a una gran amenaza de los fundamentalistas islámicos, no pueden ni quieren renunciar a la ayuda ecuménica (12).

Con ocasión de la Asamblea plenaria de la ortodoxia, en Salónica, el Metropolita Kirill (Gundjaev) expresó la idea de una reorganización radical del Consejo Ecuménico de las Iglesias. La propuesta, incluso entre los ecumenistas ortodoxos, despertó la sospecha de que la Iglesia rusa intentaba, por este camino, conquistar la hegemonía dentro del mundo ortodoxo, como consecuencia de las serias tensiones que desde hace tiempo existen con el patriarcado de Constantinopla. El ecumenismo no es, pues, exclusivamente un problema de relaciones con los heterodoxos. Es también un debate interno en la ortodoxia, en la cual las ambiciones políticas de las diversas iglesias locales generan constantemente nuevas tensiones.

Estas ambiciones políticas no son extrañas al Patriarcado de Moscú, sobre todo una vez que los nacionalistas ortodoxos ejercen una decisiva influencia en la Iglesia e influyen cada vez más en la política eclesiástica. Uno de sus representantes más significados, Ioann (Snycev), metropolitano de San Petersburgo, se define no sólo como un ardiente nacionalista sino también como antisemita. Aunque falleció en noviembre de 1995, su espíritu está hoy más vivo que nunca.

El metropolitano Ioann Snycev y los nacionalistas ortodoxos

LA visión del metropolitano Ioann era extremadamente simple. Según él, desde hace siglos la Iglesia está expuesta a los asaltos del Oeste. En 1054 el mundo cristiano fue sacudido hasta sus cimientos. El Occidente católico, corrompido por la vanidad y la fama engañosa de la grandeza de este mundo, desertó de la plenitud ortodoxa. Rusia, gracias a su ascesis exigente y a la gracia eclesial, ha conservado su fidelidad a la ortodoxia. No ha tenido sino menosprecio hacia las ventajas políticas y sus tentaciones. Es precisamente éste el momento a partir del cual ha comenzado la guerra contra Rusia, que todavía continúa. En su apología, el

(12) Maljutin, A.: «Chozdenie po kanatu» en *Moskovskie novosti*, Moskva, 1998. 05.19/19.

metropolitano Ioann se remite al llamado «*Protocolo de los sabios de Sión*», conocido ya desde hace tiempo como una falsificación antisemita, así como al occidental «*Veneno del liberalismo*» y a las actividades de la CIA a quien reprocha el haber querido sembrar el caos en Rusia (13). En un espíritu de mesianismo ruso, el Metropolitano está profundamente convencido de la vocación particular de la ortodoxia rusa. Según él, el ecumenismo representa un peligro, ya que es una falsificación de la verdad y, por tanto, un invento del demonio. Políticamente, el Metropolitano Ioann estaba cercano a los monárquicos, ya que creía que era necesario restaurar la continuidad histórica en la vida de Rusia (14).

Es ésta exactamente la manera como los ortodoxos nacionalistas predicaban la fidelidad a las raíces históricas de la santa Rusia y militaban a favor de un estado confesional en el que la Iglesia ortodoxa recuperaría, lo mismo que en tiempo de los zares, su puesto dominante en materia religiosa. Son éstos los círculos que, a partir de 1993, trabajan para modificar la legislación religiosa, liberal y progresista, de octubre de 1990. Esta ley, que se debe a Boris Yeltsin y que entró en vigor todavía en la antigua URSS, despertó grandes esperanzas en la escena internacional. La diferencia fundamental con los decretos anteriores reside en el hecho de que la ley no pretendía reglamentar la vida religiosa sino defender la libertad de conciencia de los ciudadanos (15).

La oposición se organizó muy pronto. En 1993, Boris Yeltsin se negó a modificar esa ley y se opuso a una nueva formulación, sin duda por miedo a las repercusiones negativas que se pudieran desatar en el plano internacional. Sin embargo, se vio obligado a ceder a la mayoría parlamentaria y a las presiones de los círculos ortodoxos. En lugar de continuar cerrando el paso a una nueva ley, se contentó con algunas modificaciones superficiales. Gracias a este retroceso del presidente, la nueva ley sobre la libertad de conciencia y las asociaciones religiosas pudo entrar en vigor el 1 de octubre de 1997.

Esta ley de 1997 marca un lamentable retroceso en relación con la legislación de 1990 y las metas entonces conseguidas. Indudablemente la posición de la Iglesia ortodoxa se ha visto reforzada, sobre todo porque en Rusia las comunidades cristianas heterodoxas están en horas bajas. Al mismo tiempo abre al Estado nuevas vías para reglamentar la vida religiosa, lo cual podría un día tener un efecto «boomerang» contra el patriarcado de Moscú.

(13) Snycec, Ioan Metr: «Der Westen will das Chaos» en *Glaube in der 2 Welt*, Zollikon, 1993/07-08/43.

(14) Snycec, Ioan Metr: «Die Wahrheit liegt in der Einheit» en *Stimme der Orthodoxie*, Berlín, 1993/04/12.

(15) Krasikov, A: «La Chiesa al Rubicone» en *La nuova Europa*, Milán, 1998/01/87.

Pero por el momento en amplios círculos de la Iglesia ortodoxa rusa reina plena satisfacción y el Patriarca de Moscú Alexis II, favorable a esta nueva legislación, la defiende con tesón. Se critica con violencia a los pocos disidentes irreductibles que se encuentran en el entorno cercano e incluso se les amenaza con «medidas severas» (16).

El tradicionalismo como bastión

EN el conflicto que existe entre el ala nacional-chauvinista y el ala democrática de la Iglesia, la dirección del patriarcado se inclina a favor del lado nacionalista. De nuevo la tradición se encuentra en su pleno apogeo. Algunos sacerdotes han intentado una mayor apertura en su Iglesia o han buscado hacer la liturgia más accesible a los fieles, traduciendo los textos eslavos al ruso moderno. Lo han pagado en su propia carne. En la liturgia, la Iglesia ortodoxa rusa utiliza todavía la lengua eclesiástica (excepto en los sermones). La mayoría de los creyentes, en particular los jóvenes, no la comprenden apenas o con mucha dificultad. Esto hace que una buena mayoría de fieles, especialmente en Moscú, desean que el ruso fuese reconocido como lengua del culto (17). Es cierto que existen razones serias para el mantenimiento en el culto de la lengua antigua pero en lugar de someter esta cuestión a un debate serio, se reduce al silencio a los partidarios de la reforma. Un sacerdote sumamente culto, de origen judío, Alexandr Men, que ya en la época soviética formaba parte del núcleo reformista, fue asesinado todavía en tiempo de los soviéticos.

Actualmente predomina en el patriarcado de Moscú la tendencia hostil a toda reforma. Temen cualquier influencia del Oeste. Sobre esto se expresaba así el Dr. Ilarion Alfeev: Rusia ha estado siempre algo aislada de Occidente, en particular en la época de los soviéticos. Esto afecta igualmente a la Iglesia. Se teme que una cierta apertura pudiera abrir la puerta de nuestra teología a las ideas occidentales y con ello a la ruina de nuestra tradición. No se anima a los estudiantes a que salgan a estudiar al extranjero. Correrían el riesgo de ser «protestantizados» o «catolicizados» (18).

(16) Cfr. las explicaciones del Patriarca Alexis II ante el Consejo episcopal de Moscú, en *Stimme der Orthodoxie*, Berlín, 1998 /01/9.

(17) Balasov, N: Esiste una «lingua della preghiera»? en *La nuova Europa*, Milano, 1998, p. 66.

(18) Alfeev, H.: «Uns fehlt das 2 Vatikanische Konzil» en *Schweiz. Kirchenzeitung*, Bern, 1998, 03.01/17.

Esta actitud integrista, unida al miedo a Occidente, incita a la Iglesia ortodoxa rusa a establecer relaciones peligrosas con los partidos que transmiten unos valores parecidos o que alientan los mismos miedos. Nos referimos en particular a los ultranacionalistas y a los comunistas. De una y otra parte, se alardea de un profundo entendimiento aunque se trate sólo de fachada. Los propios comunistas, cuando se trata de glorificar las virtudes nacionales y hacer una campaña contra los vicios destructores de Occidente, han descubierto en la Iglesia ortodoxa una posible aliada. Con un alto pragmatismo, siempre que se trata de los «intereses nacionales», se hace alarde de sintonía profunda. «El corazón de Rusia late en la casa de Dios» es un eslogan popular en Televisión (19).

Un observador extranjero hubiese creído encontrarse en una asamblea de nacionalistas rusos si, en vísperas de las elecciones parlamentarias en 1995, hubiese escuchado el discurso de un candidato local al escaño de diputado. Ocurría esto en el seminario eclesiástico de Troice-Sergieva-Lavra. En la discusión que se tuvo a continuación, los seminaristas hicieron preguntas sobre la ampliación de la OTAN por el Este y sobre la ex-Yugoeslavia, mientras que problemas de orden moral como, por ejemplo, la legislación sobre el aborto eran completamente ignorados. El orador, que había sido presentado como un ruso ortodoxo, tuvo que admitir que no iba a la iglesia, aunque afirmaba que Rusia se encontraba en plena transición desde el comunismo a la ortodoxia (20).

Rusia y la ortodoxia son inseparables

Es esto lo que pretendía el orador que acabamos de citar. De hecho desde sus orígenes, el Estado ruso y la Iglesia ortodoxa han estado íntimamente vinculados, apoyándose el uno al otro. Gracias a este apoyo de la Iglesia ha podido existir el imperio ruso. A su vez la Iglesia ortodoxa rusa nunca habría llegado a la posición preponderante de Iglesia nacional con estatuto de un Patriarca independiente si no hubiese gozado de la ayuda del Estado. Y sin embargo, en la medida en que la administración estatal iba tomando el poder, la Iglesia nacional tenía que redoblar sus esfuerzos para afirmarse como socio con igualdad de derechos.

(19) Pilawski, K.: «Z rzadem i opozycja» en *Trybuna*, Warszawa 1998. 02.25/10.

(20) Juzell, L. A.: «Porazhenstvo I policejskie metody pravoslavi-je» en *Nezavisimaja gazeta* (religioznoe prilozhenie *NG-Religii*) Moskva, 1998.05.20.

En 1721, el zar Pedro el Grande suprimió el Patriarcado de Moscú para erigir en su lugar una iglesia sinodal de tipo protestante en la cual el zar, por medio de un representante, reinaría como jefe supremo. La Iglesia se vio así reducida al rango de sector administrativo del Estado y los altos jerarcas de la iglesia se convirtieron en funcionarios que gozaban de numerosos privilegios. El resto del clero gozaba de poca estima. En calidad de servidores del Estado, tenían la obligación de informar a la policía y denunciar los crímenes contra el Estado (en particular contra el Zar) que conocieran por confesión. Ya en tiempo de los zares el control estatal de la vida religiosa era un factor negativo. Por esto no hay muchas razones para colmar de elogios la vida de la Iglesia anterior a la Revolución o incluso llegar a presentarla como modelo. La tantas veces invocada «Santa Rusia» no existía antes de la revolución comunista de octubre. Tanto más cuanto que la población ortodoxa del imperio no llegaba al 55 %. Minorías religiosas como los musulmanes, los budistas, los animistas, los judíos, los católicos y los cristianos evangélicos representaban una parte considerable de la población.

No todos los grupos ortodoxos, ni mucho menos, se plegaban a esta tutela constante del Estado sobre la Iglesia. Por eso a la caída del zarismo, en 1917, algunos perspicaces hombres de Iglesia procuraron arrancar a la Iglesia ortodoxa de las manos del Estado. Pretendían devolverle a la iglesia la estima que se debe a una instancia moral independiente. Este intento fue aniquilado por los bolcheviques. Quien quisiera sobrevivir tenía que someterse a los mandatos del Estado y adaptarse a ellos. De ahí ha nacido una cierta resignación rutinaria que amenaza hoy a no pocos hombres de Iglesia.

Tienen probablemente razón algunos críticos cuando creen que la Iglesia ortodoxa rusa no presenta hoy aquellos criterios espirituales y morales que pudieran servir de orientación al Estado y al pueblo. No les ofrece sino un conjunto de consignas de orden y de símbolos que vienen a subrayar la superioridad de la nación. Pero en el fondo todo esto viene a ser un neopaganismo, una especie de shintoísmo japonés a la eslava. Es esto precisamente lo que ha permitido reintroducir, gracias a la nueva ley sobre la religión, el control del Estado sobre la vida religiosa.

A pesar de posibles exageraciones, esta crítica no carece de fundamento. Aparentemente, numerosos dignatarios ortodoxos van buscando para su Iglesia una posición de Iglesia nacional, desde luego no exactamente la misma que le fue impuesta a la Iglesia de 1721 a 1917. El Patriarca Alexis II con razón ha comparado la situación de Iglesia nacional de aquella época a una «prisión dorada». *«Junto a privilegios ampliamente distribuidos, la influencia del Estado, la tutela que ha ejercido sobre las personas y la integración de la*

Iglesia en el aparato estatal han reducido sensiblemente la vida religiosa». Como ha notado Gerd Stricker, la práctica actual muestra que «la Iglesia pretende reconquistar los privilegios dorados de que disfrutaba antes y únicamente rechaza los barrotes de la prisión, el control del poder del Estado» (21).

No pocos responsables de la Iglesia parecen no advertir que los nacionalismos y los comunismos hoy apoyan vigorosamente esta tendencia. El que fue diplomático eclesiástico, Arcipreste Borojov, ante amigos suyos polacos, expresaba la sospecha de que una vez más en su ya larga historia, la Iglesia iba a ser explotada como instrumento para ser después perseguida y humillada por sus enemigos. Borojov sabe de qué habla. Es evidente que el Patriarcado de Moscú, con sus opciones integristas y nacional-chauvinistas, se encamina a grandes pasos hacia una nueva catástrofe. Resta por saber si la responsabilidad incumbe exclusivamente a la Iglesia ortodoxa rusa. Algunos factores externos ciertamente han contribuido también a esta situación.

La crítica ortodoxa a los efectos del liberalismo occidental no carece en Rusia de fundamento. Pero es un error pretender luchar contra estas consecuencias del brazo de las fuerzas nacionalistas. No hay duda de que Rusia, como durante los tres siglos pasados, se defiende a golpe de recetas occidentales. Esto a su vez genera una clase de aprovechados nuevos-ricos y deja abandonados a su suerte a muy amplias capas de la población. Resulta por ello tanto más sorprendente que algunos círculos del Patriarcado de Moscú, comprendida la sección económica del patriarcado, se hayan apuntado muy rápidamente a las ventajas del libre mercado capitalista. Esto despierta sentimientos ambiguos y no contribuye precisamente a la credibilidad de la Iglesia sobre todo cuando critica al liberalismo.

La Iglesia ortodoxa rusa anda todavía a la búsqueda de su identidad y de su posición frente al Estado. Se perciben algunos indicios, pero evidencian una falsa dirección. Como lo prueban no pocas discusiones en el seno del propio patriarcado de Moscú, la evolución no ha terminado. Es cierto que la Iglesia ortodoxa rusa es la organización más fuerte en el seno de la Federación rusa. Gerd Stricker lo ha puesto de manifiesto. Algunos sondeos revelan que, a pesar de muchos escándalos, la Iglesia goza de una reputación superior a la del ejército (22). ¿Sabrá emplear bien la Iglesia este capital? Nos lo dirá el futuro.

(21) Strickler, G.: «Das Moskauer Patriarchat» en *Ost-Europa*, DVA, Stuttgart, 1998/03/271.

(22) Strickler, G.: «Das Moskauer Patriarchat» en *Ost-Europa*, DVA, Stuttgart, 1998/03/271.